



*Sectores Sociales Populares para la Paz en Colombia  
Subdirección Académica*

**CUARTO SEMINARIO INTERNACIONAL  
Bogotá D.C., noviembre 12 y 13 de 2004  
MEMORIAS**

**Conferencia Inaugural**

**LOS MOVIMIENTOS POPULARES EN LA COYUNTURA POLITICA  
LATINOAMERICANA**

**José Luis Coraggio<sup>1</sup>**

Planeta Paz me ha dado la oportunidad de plantear cuestiones sobre las cuales podamos conocer los puntos de vista de ustedes como dirigentes sociales de Colombia. No voy a poder evitar afirmar algunas cosas en las que creo, pero fundamentalmente quiero poner a su consideración algunos de los desafíos que los movimientos sociales enfrentan en América Latina, para que en las discusiones y en los trabajos posteriores, en base a su experiencia, sean examinados y podamos encontrar pistas para encararlos.

Como indica el tema, debo hacer alguna una referencia a la coyuntura actual. Sin duda que estamos en una situación de enorme desequilibrio en la correlación global de fuerzas, desfavorable al campo popular. Hay una gran concentración de poder económico, un poder en colusión con el poder político estatal, sobre todo en la periferia de la que somos parte. El mismo capital financiero no se ha desprendido del poder estatal, al que necesita para imponer políticas que lo favorecen, y en particular no se ha independizado totalmente del poder político de las grandes potencias que, aún con contradicciones, son sus aliadas. Esta correlación de fuerzas ha sido utilizada para imponer un proyecto político para transformar el mundo a través de la globalización del capital, la globalización de los mercados, el intento de uniformarnos, de manipular nuestras diferencias, y de reordenarnos geopolítica y socialmente según el interés del capital.

Un aspecto que nos tiene que ocupar aquí es que ese proyecto se impuso no solo por la violencia de las dictaduras neoliberales y por campañas militares que cada vez son más evidentes en la esfera internacional, sino por procesos de construcción de hegemonía, por acciones de desinformación y convencimiento, para hacernos creer que esa promesa de un mundo mejor, característica de la política liberal, iba a venir ahora no de mano del estado de bienestar sino con el mercado libre, con la apertura de las economías, con la privatización del patrimonio público,

---

<sup>1</sup> Director de la Maestría en Economía Social de la Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina).

con la reducción de las funciones y el peso económico del Estado, con la pérdida de los derechos de los ciudadanos evaluados como inviables (como la seguridad social).

Cierto es que se trata de un proyecto que, desde su inicio y por escrito, planteó que era una aberración que los trabajadores tuvieran derechos que pusieran límites a la libre iniciativa de los inversores. No es un error de la dirección capitalista de la economía-mundo, es un proyecto que tiene un sentido regresivo que se viene implementado con efectos sociales dramáticos, y los seguirá generando en el futuro, porque algunos procesos desatados de degradación institucional y de las condiciones de la vida en sociedad son irreversibles en el corto plazo (como los derivados de la desnutrición infantil, del desempleo prolongado, del nunca haber tenido un trabajo reconocido socialmente, del desequilibrio ecológico).

Esto no es sin resistencia, y se habla ya, cierto es, de la agenda post-neoliberal. Desde “Viva la Ciudadanía”, en este mismo país, se ha planteado la necesidad de comenzar a pensar en otra agenda, que rompa con la matriz de la agenda neoliberal en lugar de limitarse a intentar meramente aliviarla, componerla, negociar algunos de sus “costos sociales”. Me parece que es una perspectiva muy interesante, porque es la perspectiva de un futuro que para realizarse debe ser pensado desde este presente. Pero hoy todavía los temas de la agenda los está planteando, básicamente, el neoliberalismo. Vemos cambiar los gobiernos, incluso vemos cambiar los gobiernos derrocados por fuerzas populares, o vemos ganar a gobiernos con promesas de revertir el programa neoliberal, pero vemos también que las mismas políticas se siguen implementando, que en nombre del realismo esos mismos nuevos gobiernos dicen “no hay condiciones”, “no hay recursos”, y que no es posible restablecer la universalidad de los derechos sociales, que hay que focalizar recursos apenas en los más pobres, que la calidad de vida debe esperar porque el tema hoy es el hambre. Esto no es un cambio en la agenda neoliberal, esto es reproducir la clave económica de la agenda neoliberal, que es presentar como hecho natural una escasez que es producida políticamente, porque nunca antes tuvimos tantos recursos para encarar las necesidades de la humanidad.

Como ha planteado Wallerstein, esta larga coyuntura se caracteriza porque el sistema interestatal, que alguna vez, cuando teníamos un mundo bipolar, permitía que hubiera equilibrios, hoy esta desequilibrado por ser Estados Unidos la única potencia militar hegemónica, alimentando la creencia de que su Estado puede intentar imponer sus deseos, incluso contra la voluntad o la duda de sus propios aliados si es que no de su propio pueblo. A nosotros como latinoamericanos se nos ve como el patio trasero de los Estados Unidos. Pero nosotros somos realmente América, si es que reconocemos aquel bautismo de este continente por Américo Vesputio. Tenemos que recuperar el sentido de que nosotros somos un continente que forma parte de la periferia del sistema capitalista, que tenemos un vecino indeseado que se atribuye el poder de vigilarnos y castigarnos, y que no somos el pasivo patio trasero de nadie salvo que lo querramos ser.

Esta coyuntura es una coyuntura de lucha, de grandes transformaciones, de una revolución del mundo que ha sido iniciada por ese proyecto político neo-conservador. No es que el desorden de esta revolución ha dejado a las poblaciones sin estructura social. Las está reestructurando, y ese es el proyecto, como sociedades duales, sociedades divididas en élites de *includos* -que pueden, no sin zozobra, seguir desarrollando sus capacidades a lo largo de su vida y gozar de los beneficios tecnológicos- y masas de *excludos*, a lo sumo asistidos para siempre para mantenerlos en la sobrevivencia sin dignidad. Si no queremos tal tipo de sociedad, tenemos que luchar para redirigir el sentido de las grandes transformaciones.

Si comparamos nuestras sociedades con lo que eran hace veinte o treinta años, vemos que han sido fragmentadas, que se ha perdido la centralidad real y la expectativa del trabajo asalariado como integrador de la sociedad. Ese trabajo asalariado que fue -en esa sociedad capitalista periférica anterior que pugnaba por industrializarse- el centro alrededor del cual las luchas sociales encabezadas por los trabajadores iban organizando un sistema de derechos e iban haciendo responsable al estado de garantizar esos derechos. Esa centralidad del trabajo asalariado se ha perdido, como ustedes saben, y no voy a desarrollar esto ahora, porque hay una comisión en la que hablaremos de esto.

La dureza de los cambios experimentados, la perduración de los efectos de estas transformaciones, al perderse la esperanza de que “mañana voy a volver a conseguir empleo”, “mañana voy a volver a recuperar los ingresos”, “mañana voy a volver a ser integrado”, ha hecho que las expectativas personales se depriman, que el pesimismo esté a la orden del día. Pero también se ha perdido la expectativa de que la clase obrera sea el sujeto histórico que va a transformar nuestras sociedades. Hoy es muy difícil de sostener esa tesis por la pérdida de peso social de la clase obrera y por el desempeño de sus representantes sindicalistas en muchas de nuestras sociedades; por el papel que jugaron en el desguase de aquel estado y de aquellos derechos y por la forma en que muchos de ellos están hoy planteando su lucha, corporativamente, sin pensar en la transformación de la totalidad. Son compañeros de lucha, pero no son “el” movimiento social, ni siquiera son ya los representantes de todos los trabajadores, ni de todos los sectores populares, son un compañero colectivo más en este conjunto contradictorio de movimientos que conforman la base de un sujeto plural por construir.

Están emergiendo, en toda América Latina, nuevos movimientos, nuevas formas, todavía en estado magmático. También resurgen y se resignifican viejas formas e identidades, como el artesanado, o el sindicalismo. Así, la Central Unica de Trabajadores (CUT) brasileña ha mostrado que puede redefinir su sentido al concluir luego de largos debates que no representan solamente a los trabajadores asalariados, sino a todos los trabajadores (como los de desocupados urbanos o los Sin Tierra). Ello implica que sus luchas incluyan no solo reclamar por el salario, no solo reclamar por los derechos de los que tienen trabajo y cotizan al sindicato, sino generar por acción directa nuevas fuentes de trabajo más autónomo del capital, producir otra economía, cooperativa y solidaria. Pensado desde las sociedades latinoamericanas que comenzaron a recorrer el camino de la industrialización y el proceso de integrarse como sociedades capitalistas, esta nueva situación es de fragmentación de lo alcanzado. A esto se suma que están apareciendo y multiplicándose nuevos intereses parciales y generales, nuevas demandas, que toman formas variables de expresión, de organización, de lucha de identidades emergentes o que estaban desplazadas por la perspectiva de clase. Pongo a consideración de ustedes la idea de que estas emergencias nos enriquecen, que esta multiplicación de identidades, de movimientos, de sujetos, no debemos verla como un problema para la tan buscada “unidad” como precondition de la eficacia de los movimientos sociales. Por el contrario, podemos verla como un recurso, como una gran oportunidad, adecuada a la coyuntura en la que estamos. Sin embargo, debemos reconocer que sobre esto hay distintas miradas.

Me gustaría preguntarles, y que discutan, cual es la mirada de ustedes sobre esta multiplicación de las identidades, sobre la pérdida de centralidad de la clase obrera como la identidad fundamental, que en algún momento creímos que sería la que portaría el proyecto de una nueva sociedad. Para muchos la multiplicación de iniciativas, de espacios, es vista como desorganización, es vista como dificultad: hay demasiados lugares, hay demasiadas iniciativas, hay demasiados encuentros, y esto es visto como una debilidad. Para otros, estaríamos justamente

en una época de reconstitución y de transformación social, donde no hay modelo institucionalizado, no hay modelo organizativo, no hay modelo de sujeto histórico determinado a priori, estamos explorando, estamos aprendiendo, estamos inventando, estamos comenzando a sistematizar sobre las experiencias en el campo popular, y esto puede ser visto como bueno.

Hay un corolario de esto. Vine hace poco a Colombia para una reunión que organizó VIVA LA CIUDADANÍA y vengo ahora a una que organiza PLANETA PAZ, dos ejemplos admirables para nosotros los argentinos, y me pregunté “por qué no lo hacen juntos, porque no están aquí VIVA LA CIUDADANÍA y PLANETA PAZ juntos”. Me renació la tendencia, heredera de aquellas ansias de unidad, a pensar que tendríamos que estar aquí todos en un gran evento con una agenda común. Pero yo mismo me respondo que es bueno que no halla un solo evento y que todos no hagamos lo mismo, que es bueno que haya esta diversidad, que haya estas exploraciones. ¿Por qué? Porque me parece (lo pongo a consideración de ustedes) que, ante el poder concentrado, el poder económico, el poder social, el poder político, el poder ideológico y el poder militar de los defensores de este sistema capitalista ilegítimo, puede ser mejor no centralizar en este momento, puede ser mejor no unificar apuradamente lo heterogéneo, puede ser mejor no organizarnos tanto porque eso puede simplificarnos y producir puntos de vulnerabilidad. Puede ser bueno multiplicar los espacios de encuentro, converger oportunamente en acciones motivadas por objetivos comunes, manifestando nuestro desacuerdo o protestando ante políticas o acontecimientos. Es necesario seguir protestando, es necesario seguir manifestándose, es necesario dar respuestas masivas, y entonces es necesario converger, pero luego hay que seguir trabajando en el barrio, en la localidad, en la región, en el grupo específico, porque también es fundamental que no perdamos esta relación con el trabajo cotidiano en las muy diversas bases de esta sociedad en proceso de transformación.

En cada acción conjunta que emprendemos nos reconocemos, nos autotransformamos como sujetos, y nos vemos además no sólo como sujetos políticos ni sólo como sujetos sociales. Es fundamental, sin embargo, no estar aislados, estar comunicados continuamente, y recordar que somos locales porque somos regionales, nacionales, latinoamericanos, y que somos periferia, que somos parte potencial de un sujeto por otra globalización que está en proceso de constitución.

Alguna vez me pregunté si las identidades, las agregaciones alrededor de intereses, de valores, o de historias particulares, que son siempre parciales, son una esencia inmutable, son algo dado o son el resultado siempre provisorio, siempre en proceso de nuestros encuentros y de nuestras luchas. Y me adscribí a la idea de que esas identidades están definidas por nuestras relaciones con los otros y por el reconocimiento de los otros. Si es así, de cada encuentro, de cada acción conjunta, de cada debate irán surgiendo, moldeándose, las particularidades, como partes, como parcialidades de una totalidad posible, distinta de la que estamos hoy experimentando.

Hay que partir del reconocimiento de las particularidades, pero lo que nos va a dar sentido político es que pasemos de pensar en la parcialidad a pensar en la totalidad. Ese camino de pasar de las parcialidades, de los intereses particulares, a la totalidad, es un camino con conflictos. Pero, les pregunto compañeros (todos saben los conflictos que hay, incluso dentro de las mismas organizaciones, dentro de los mismos movimientos), ¿es malo que haya conflictos y contradicciones? Proponemos que consideren la posibilidad de que no es malo, de que no hay que lograr la uniformidad apurada o el consenso a toda costa, sino que es buena la diversidad de opinión, que es bueno el disenso y que es bueno que halla intereses diferenciados dentro del mismo campo popular.

La cuestión de fondo no es si tiene que haber o no conflicto, sino cómo manejamos los conflictos y cuáles son sus tiempos. Algunos no vamos a poder resolverlos nunca, pero eso nos recuerda que toda sociedad es heterogénea, que toda sociedad es dialéctica, que toda sociedad es contradictoria. Una sociedad uniforme, donde todos somos iguales, donde no hay diferencia ni disenso y todos pensamos igual, no es una sociedad viva. Toda sociedad está tensionada por estos conflictos. Ante esta problemática, qué respuesta tiene el poder hegemónico dominante? Convierte la diversidad en diferencia, y toda esta riqueza de diversidad la empobrece, la manipula, la utiliza para dividir, para controlar.

Recientemente hemos experimentado en la Argentina un fenómeno que nos emocionó, a pesar de las contradicciones que envolvía: ante la forma manipulada que tomó la necesaria salida de la convertibilidad vimos converger a los piqueteros, que representaban a los desocupados por este sistema, con los pequeños y medianos ahorristas, a quienes se le habían confiscado sus ahorros en el corralito de un sistema financiero transnacionalizado. Y convergieron en la Plaza de Mayo, en lo que fue un instante de la historia argentina, porque el sistema hegemónico inmediatamente empezó a trabajar para la división. Esa división se construye sobre bases reales, porque piqueteros y ahorristas no son una misma clase social. Sin embargo hay otras bases reales, pues económicamente son todos parte de un campo popular, la mayoría de los ahorristas expropiados son del campo popular, porque los ahorristas opulentos ya se habían ido. El ahorrista y el desocupado juntos asustan a las clases dirigentes, y entonces van a dividir, van a decir que los piqueteros tienen palos y por eso son violentos y una amenaza a la paz social, que los piqueteros se tapan la cara, que dicen que es para que no los vigilen los sistemas de inteligencia, pero que en realidad es por que son delincuentes, y asustan a la clase media timorata y van a tratar de impedir que vuelvan a converger.

Lo mismo pasa con el problema de la seguridad. Todo el mundo siente que hay un problema de seguridad en la Argentina, pero el sistema sistemáticamente quiere crear un imaginario que divide la sociedad entre la gente “honesta y buena” que es asaltada o secuestrada y los “pobres peligrosos” que son los marginales drogadictos, desesperados, que serían los que vienen a cometer los crímenes. Esto sabemos positivamente que no es así, la información objetiva disponible indica que no es así, y que, por lo pronto, la inseguridad aqueja principalmente a las clases subalternas. Pero surge un movimiento social por la seguridad, identificado con un personaje puesto en ese lugar por los medios masivos luego de que su hijo fuera muerto en un tiroteo por la policía, y propone que el Estado gaste para que haya más policías. Hace un rato he oído aquí una exposición en que se mencionaba la eficacia de haber logrado que hubiera “más policías”. No sé que significa eso en Colombia, pero en Argentina, más de “esta policía” no es la solución al problema de la seguridad, es también más corrupción, más violencia, más asaltos y más secuestros en “zonas liberadas”, porque hay también grupos policiales responsables de este proceso de generación de delitos y miedo ciudadano.

Un dispositivo para fortalecer el sistema de hegemonía es dividir el campo popular creando y pugnando para que internalicemos ciertas categorías que se crean para pensar la realidad social y sus posibles desarrollos y para definir las líneas de acción legítima sobre ella. Así, desaparecieron prácticamente las categorías de clase definidas en base a la posición estructural respecto al proceso de producción y reproducción del capital, y resurgió la oposición ricos/pobres. Nosotros podemos tener un sentimiento moral y pensar que la pobreza, sobre todo cuando es estructural y masiva, es inaceptable en una sociedad moderna, pero otra cosa es institucionalizar la categoría de pobres por diversas carencias y en síntesis por nivel de ingreso monetario, ponerla en el centro del análisis social, estudiar las infinitas formas de la pobreza, vista como “el” problema social

(antes que ver como problema el par “riqueza concentrada/pobreza”). Esto va acompañado de la orientación de las intervenciones públicas abriendo la subcategoría de indigentes o pobres extremos, justificando por razones morales -acotadas a este asunto- la focalización de ayudas a ese segmento, acabando al mismo tiempo con la cultura de derechos sociales universales (educación, trabajo, vivienda, salud y, en general, una vida digna para todos garantizada por el Estado cuando el sistema de mercado no lo resuelve). La centralización de la nueva cuestión social en el problema de la pobreza, o incluso de la exclusión, oculta la naturaleza irracional del sistema que no solo genera esa pobreza sino que también atenta contra la reproducción de la vida en general (desequilibrios ecológicos, desbalances políticos, recurso creciente a la guerra, etc.).

Cuando los intelectuales, técnicos y comunicadores del sistema recubren de científicidad esas categorías a-dialécticas, están creando las condiciones para legitimar que el lado social del Estado se reduzca a organizar y gestionar un sistema de atención sin fin a los excluidos y miserables eternos, en el supuesto de que esto es tan inevitable como las leyes de la naturaleza, afirmando la creencia de que la pobreza está aquí para quedarse, que sería consecuencia de la errónea acción histórica del estado desarrollista que pretendió generar niveles antinaturales de igualdad. Que esto no es sólo una concepción de las clases dominantes lo muestra que hace poco Lula y Kirschner coincidieron en que la Argentina se volvió “latinoamericana” porque ahora ya es pobre como los demás países, porque se empobreció la clase media. Pero la pobreza y la desigualdad en la Argentina empobrecida no es lo mismo que la pobreza y la desigualdad que hicieron del Brasil el ejemplo de la mayor desigualdad en el mundo. Los valores encarnados en las mayorías que acompañaron la constitución de la ciudadanía en Argentina y en Brasil no tuvieron el mismo grado de difusión ni de desarrollo político, tienen otra historia, tenemos distintas formas de cohesionar la sociedad, de luchar, otras formas de analizar en los medios lo que nos pasa, entonces no podemos dejar que nos uniformen, tenemos que evitar el uso de esas categorías. No es que una sociedad o sus dirigencias progresistas sean mejores o peores, son distintas.

En mi país se comienza a instalar ahora una nueva categoría (doy esto como ejemplo para que vean como se trata de una lucha por la hegemonía, por la dirección moral de las mayorías) para reorganizar los programas sociales: los “inempleables”, y esto se funda en trabajos que usaron metodologías científicas para describir los factores asociados a la situación de haber o no haber conseguido empleo dentro del sistema económico en su fase actual. La empleabilidad es la probabilidad de conseguir empleo que en promedio tiene una persona dada su trayectoria de empleo anterior, su trayectoria educativa, su “capital social”, su edad, su género, etc. La aplicación estadística permite identificar así un enorme grupo de ciudadanos con una alta probabilidad de nunca conseguir un empleo. La consecuencia de esta categoría social para la política pública fundada en la matriz productivista del capital es que a ese grupo hay que asistirlo -por razones de gobernabilidad o morales- pero dejar de invertir en él para que se reintegre por la vía del trabajo. Como consecuencia, cientos de miles de argentinos y sus familiares (porque esto va generando la reproducción de las condiciones de inempleabilidad en la familia, el barrio, la comunidad segregada) tendrán un trato especial que es estigmatizador y por tanto confirmador de la profecía de que no podrán reinsertarse. Si sus padres ya fueron analfabetos, o si son analfabetos adultos, si ya no fueron educados, si ya fueron desnutridos en los años de la infancia, etc. no vale hacer un programa de capacitación porque eso no va a resolver su déficit educativo, nunca va a poder cerrar la brecha en un sistema que además tiene un alto dinamismo en la demanda de conocimientos y destrezas; ni vale intentar que aprendan trabajando, porque les falta esa historia y esa disciplina que tienen los trabajadores que fueron parte del mundo laboral. Se los pone así en una categoría estigmatizadora, como la de “desechables” que se aplicó en Colombia,

brutalmente cruel, y que no puede justificarse por una supuesta racionalidad instrumental en el uso de los recursos públicos a nombre del interés general.

La propuesta de que admitamos esa realidad, construida políticamente, y sus consecuencias instrumentales, debe ser confrontada desde los movimientos sociales, desde todas las identidades, porque desde cada uno de los movimientos sociales, desde cada una de las parcialidades se está luchando contra maneras del sistema de estigmatizarlos, de separarlos, de segregarlos, de responsabilizarlos individualmente por su situación, tratando de impedir que se advierta el efecto estructural de un sistema que puede ser cambiado si hay fuerzas sociales con un proyecto estratégico de otra transformación.

El objetivo del proyecto conservador ha sido declarado expresamente: es acabar con la cultura de derechos, es quitarle los derechos de ciudadanía a las mayorías, y naturalizar, hacernos creer que es inevitable esta sociedad, esta política y esta economía. Que son incambiables, que es irresponsable pretender cambiar la economía, porque va a generar más caos, cuando lo que para ellos es orden para nosotros es el caos de la vida cotidiana centrada en sobrevivir como se pueda y esperar nuevos golpes de mercado, nuevas reformas del Estado comandadas por el FMI y el BM, nuevas operaciones de legitimación como las que suponen las convocatorias de los organismos internacionales directamente a la sociedad civil que construyen a su medida para “dialogar”.

Esta idea de que el mundo actual no puede ser transformado por la voluntad humana genera el imposibilismo encarnado en la falta de voluntad ya no de transformarlo sino de pensar que otro mundo es posible. Tiene fuerte vigencia la idea de que este mundo no se puede cambiar, de que es un horror generado por la violación de las leyes naturales por el estado socialdemócrata o socialista y las luchas de clases, y que lo único que cabe hacer a países, clases dirigentes y sociedades en general es tratar de competir para sobrevivir. Esto nos permite caracterizar la lucha política como una lucha contrahegemónica con una dimensión cultural fundamental, y esta lucha cultural incluye repensar lo político mismo.

La pregunta que quiero hacerles y que quisiera que discutieran los grupos de trabajo es, ¿cuál es la relación entre poder político (o, más ampliamente: lo político) y los movimientos sociales?, ¿cuál es la relación de los movimientos sociales y las formaciones políticas, los partidos políticos? Porque encontramos a los agentes políticos en el barrio, en el territorio, y los encontramos en la escena pública cuando sus voceros hablan de lo público, como si fueran los únicos encargados de lo público, desde el Estado. Pero nosotros podemos disputar esa autoasignación de responsabilidad, y pensar que hay “otro público”, que hay otra forma de organizar lo público, pero no necesariamente sustituyendo la forma estatal, sino que necesitamos también un Estado democrático, un Estado que maneje lo público de otra manera. No se trataría de acabar con el Estado, pero esto es tema de discusión, porque algunos compañeros piensan de otra manera.

Nos parece que cuando hablamos de la política tenemos que tener claro que la política ha sido vaciada. Vemos el escenario, vemos los personajes, vemos repetirse las mismas situaciones, volvemos a ser llamados, somos convocados recurrentemente para votar, vuelven a aparecer las figuras marquetineras y la política como espectáculo, con lo que la política ha sido vaciada, se convirtió en un show. Esto no quiere decir que el poder político no exista, sino que ha sido vaciado de su sentido fundamental, pues el contenido fundamental de la política es transformar la sociedad progresivamente. Durante décadas hemos discutido si hay que hacerlo por reforma o

revolución, pero no estaba en discusión que había que transformar la sociedad. Hoy la política se ha convertido en gestión, gestión de conflictos y gestión de los pocos recursos que admite el capital, y a lo sumo parece que pudiéramos plantear algún grado de participación, algún grado de opinión pública respecto a las formas y prioridades de aplicación. Sin duda que tenemos que pugnar por formas más participativas de gestión pública, pero en lo que hace a la política es preciso recuperar sobre todo su sentido de transformación progresiva de este mundo, de pugnar por otra globalización, por otro dominio social de las tecnologías. La política es hoy gestión de la crisis, gestión de la gobernabilidad, lograr legitimar las condiciones que dan vía libre al capital bajo el nombre de la seguridad jurídica (que no se cumple para contratos como el de la seguridad social), si bien hay variaciones entre países y coyunturas que debemos valorar cuidadosamente antes de generalizar.

Podemos ver que, en general, las clases dirigentes tienen una gran incapacidad para pensar alternativas a esta situación, están administrándola, no están proponiendo unos proyectos de transformación, no nos están convocando para cambiar el mundo, y además rompen desfachatamente todo pacto electoral. No hay más pacto electoral en estas democracias nuestras. Es muy difícil que un gobernante cumpla con lo que prometió y que hizo que lo eligieran, porque una vez que está en el poder empieza a cambiar vertiginosamente y a hacer otra cosa, se vuelve “realista”, se vuelve interlocutor de otros poderes y no de aquellos ciudadanos que lo llevaron a esa posición donde no tiene derecho a considerarse legítimo si no respeta el mandato popular. Por eso tiene que dedicar recursos importantes a legitimar las políticas reaccionarias, a elaborar explicaciones y justificaciones como los ejemplos que vimos antes.

Nos parece (sabemos que esto es una discusión abierta), que los movimientos sociales tienen que meterse con la política y no solo rechazarla, tienen que ayudar a democratizar el sistema político, al Estado. El Estado tiene un principio de organización que es territorial, la Nación, la Provincia, los Municipios, en un sistema alveolar. En esta larga lucha que tenemos por delante hay que empezar desde donde podamos en cada situación concreta. Puede ser desde el Estado nacional, desde el Estado provincial, desde el Estado municipal, y comenzar a tener experiencias de ejercicio de gobierno, porque uno de los problemas que tienen los movimientos sociales es que pueden llegar a tirar abajo un gobierno, pero no pueden gobernar. Necesitamos desarrollar esa capacidad, y obviamente ya se está haciendo en América Latina, y en algunos países como Brasil, tiene ya una larga historia de gobiernos locales populares. En Ecuador, por ejemplo, los compañeros de las nacionalidades indígenas decidieron que la lucha por la recuperación de su identidad, de su territorio, pasaba también por reconocer el sistema colonial de división político-administrativa y tratar de tener alcaldes indígenas, y están teniendo alcaldes indígenas. De esa manera están volviendo a recuperar una parte de la capacidad de decisión autónoma. Pero al hacerlo, como todos ustedes saben, hay peligros, hay tensiones: llegados al gobierno es posible que se plantee la repartija de los cargos como primer punto de la agenda ¿quién de los movimientos sociales que llevaron ese candidato va a tener ahora una Secretaría, va a tener un cargo o va a tener una embajada? Caer en esto es reproducir con otros personajes la misma política que queremos cambiar. Entonces, la pregunta es: ¿cómo hacemos para que el movimiento social, que lleva candidatos, que reconoce la necesidad de ocupar esos espacios públicos, esos espacios estatales, no pierda la posibilidad de controlar y de ser el soberano, no delegue en otros reproduciendo la división entre gobernantes y gobernados y esas malas prácticas?

Aquí es fundamental, me parece, recordar las experiencias que hemos tenido en América Latina, donde se vuelve a plantear siempre esta situación: los movimientos sociales logran colocar a alguien en una posición de poder estatal y, o se vacían los movimientos sociales porque sus



cuadros se van al Estado, y entonces los movimientos sociales dejan de jugar un rol balanceador frente al poder estatal, o se da la desilusión, o se reitera el desencuentro en lugar de la convergencia. Tenemos que ver como podemos superar esto, y obviamente no hay una respuesta única, depende de cada coyuntura, depende de cada cultura política, depende de cada situación. La relación entre los movimientos sociales y los gobiernos populares es difícil, pero, pongo a consideración de ustedes la idea de que tenemos que impulsar y alentar que haya más gobiernos con sentido popular, aunque el sistema y su conjunto sigan siendo un sistema no popular.

Propongo que discutamos si, para el tema de este encuentro, el papel de la política puede reducirse al diseño y la gestión participativa de buenas políticas sociales que orienten la intervención pública, más equitativas, más coherentes y exactas, más eficientes y más inteligentes, menos reactivas y sectorialistas, en suma más integrales y acordes con un sentido de beneficio y aporte a las clases populares, o si eso es insuficiente y el papel de la política es también y sobre todo pugnar por transformar la economía, por transformar la sociedad, liberándola de la hegemonía de las clases dirigentes y, así, por transformar la misma política. Porque la política que necesitamos es una que desde la sociedad y desde el Estado reconozca toda la riqueza de los intereses, las identidades, las demandas y las luchas por el pleno ejercicio de los derechos políticos y sociales de todos, que abra una esfera pública no dominada por los medios de comunicación mercantilizados, abierta a los inevitables conflictos entre clases y dentro del mismo campo popular, pero evitando que se prioricen secretamente las soluciones para los grupos con más capacidad de presión a costa de enajenar los derechos legítimos de otros sectores sociales. Una esfera pública donde se dialogue, se dispute el sentido, se llegue a consensos o se mantengan diferencias aceptadas como legítimas, y finalmente se genere y se sostenga un sentimiento nacional y latinoamericano de otra sociedad deseada, y por tanto de otra economía. Una política democrática que potencie, que coaligue, que politice y que oponga la fuerza social de las mayorías subalternas a las estrategias del capital financiero, que abra el campo de posibilidades para toda la sociedad, potenciando la acción autónoma de nuevos y viejos sujetos y que opere sobre el modelo de acumulación, redistribuyendo recursos para facilitar la mejoría en la calidad de vida de todos durante la transición a otro sistema socioeconómico.

Siendo la lucha contrahegemónica una lucha cultural, no hay que descuidar que es preciso cambiar la economía y la sociedad de mercado, así como la política, dos esferas que actualmente son de gran opacidad. Buena parte de la política se hace secreta, ni siquiera sabemos lo que se negocia, ni siquiera sabemos lo que se decide, nos vamos enterando en parte, y demasiado tarde, cuando sólo queda evitar la impunidad pero ya hay operando procesos y estructuras difíciles de revertir. En cuanto a la economía, por supuesto que es opaca y se presta para el imaginario naturalizador de fuerzas indescifrables u ocultas, porque continuamente recibimos los golpes de un sistema que nos dicen que son resultado del humor de “los mercados”, sin saber quién está atrás de esos procesos, cómo se configuran estas nuevas realidades (como los nuevos procesos de producción, las nuevas formas de circulación de los nuevos productos, los nuevos mercados de trabajo, los nuevos sistemas de precios relativos, las nuevas relaciones entre las monedas). Entonces, si hay que cambiar economía y política, esta tarea incluye el reconocimiento y el conocimiento de los niveles profundos, no directamente experimentables, de la realidad societal, tenemos que entender la economía, tenemos que entender la política y tenemos que operar concientemente como actores colectivos desde adentro de esos mecanismos, lo que implica además una lucha cultural por un nuevo sentido común.

Yo quiero citar a un compañero que ya no está entre nosotros, a José Aricó, un analista político, argentino, que en una entrevista dijo lo siguiente, “si la política debe ser, no el mero hecho de

reconocimiento de la diversidad, sino la búsqueda constante de síntesis, que permitan avanzar en la implementación de un proyecto compartido, descomponiendo y recomponiendo las fuerzas existentes en el escenario, las fuerzas sociales de transformación entonces no están prefiguradas, se constituyen permanentemente a través de procesos políticos que rompen los estancos cerrados de las clases y de las fuerzas tradicionales, y en definitiva la política produce los sujetos transformadores y no, como se tiende a pensar, lo expresa y los representa”.

Esto plantea una cuestión, una duda, una pregunta para discutir: los movimientos sociales, ¿son pre-políticos, son la avanzada, la anticipación de algo que va hacer político? ¿o son políticos, es decir, ya están haciendo política, ya están generando poder, ya están cambiando la correlación de fuerzas? ¿o son post-políticos, una superación de las estructuras de poder, la representación directa y transparente de una sociedad heterogénea? ¿cuál es el lugar y la eficacia de los movimientos sociales? Es posible que no haya una respuesta única a esto, que varíe con las formaciones sociales concretas, pero me parece que avanzar en esta discusión puede arrojar luces al gran tema de este encuentro.

En todo caso, propongo para la discusión la afirmación de que la tarea de la política democrática es hoy integrar y articular la multiplicidad de movimientos y agregaciones sociales alrededor de proyectos colectivos de transformación de las estructuras de toda la sociedad, no sólo beneficiando a los que ustedes, participantes en este dialogo, representan. Los dirigentes sociales, provenientes de sectores o identidades particulares, deben confluír en un pensamiento estratégico para toda la sociedad, no pueden limitarse a la representación y defensa corporativa de los intereses de cual o tal fracción o capa social homogénea. Por grande que esa capa sea, deben aspirar a incluir a todos los ciudadanos, en un complejo social heterogéneo, dando contenido sustantivo a la ciudadanía. En presencia y como representantes colectivos de la diversidad, tienen que definir y redefinir continuamente que es el interés común, y a la vez atender a los particularismos, lo que requiere no tanto satisfacer equitativamente un poco a cada uno, sino facilitar o crear contextos favorables para que los diversos agrupamientos sociales puedan encarar instrumentalmente lo que consideran sus problemas prioritarios, pero restringidos por la condición de que al tratar de resolver sus problemas no pongan en riesgo la capacidad de reproducción de la vida y de afirmación de las identidades legítimas de los demás. Esto no implica, por supuesto, soslayar en nombre del pluralismo la necesidad de que la política democrática ponga límites al capital y sus agentes, que es el principal destructor de la vida en este momento.

Me preguntaba, al ser invitado, qué sería PLANETA PAZ. Lo estoy descubriendo, creo, ahora, y les pido perdón a los compañeros por interpretar qué es PLANETA PAZ. Me parece que PLANETA PAZ y otras iniciativas como ésta son una cuña para abrir brechas visibles y experienciables en un sistema aparentemente monolítico, que entiende la comunicación social como órdenes verticales desde las clases dirigentes, como manipulación simbólica por los medios de comunicación masivos. Brechas para constituir una nueva esfera pública, donde nos encontremos y no solo pugnemos por el reconocimiento, la legitimidad de cada una de nuestras demandas parciales o de nuestras interpretaciones y propuestas, sino que analicemos, que reflexionemos y debatamos informadamente, que comprendamos y expliquemos lo que pasa, y propongamos acciones guiadas por un bien común siempre en proceso de redefinición. Un espacio desde donde podamos vigilar al Estado, vigilar al capital, vigilar el ejercicio de esos poderes e ir acotándolos. Donde podamos debatir utopías, utopías que tienen componentes de un pasado que querríamos recuperar y de un presente lleno de experiencias que querríamos volver conocimiento y descifrar que anticipan de nuestro futuro posible, que deseos de lo que nunca

podimos lograr contienen. Un espacio que posiblemente siempre será incompleto por la realidad de fragmentación y multiplicación de las iniciativas. Si miro la lista de las organizaciones que están en PLANETA PAZ digo: “es incompleto, falta un movimiento de derechos humanos, falta un movimiento de educación popular, falta, falta, falta...” Pero no tiene por qué estar todo el mundo; si lo entiendo bien, es un espacio abierto donde pueden entrar otros e incluso constituirse nuevos actores sociales dentro de este mismo espacio, donde los que hoy están con un determinado nombre pueden resignificarse y reestructurarse por este encuentro.

En estos encuentros, pregunto a los compañeros, para que podamos debatir, para que podamos disentir, para que podamos buscar el bien común, aunque haya diversidad y contradicción tienen que haber bases de ese diálogo, tienen que haber acuerdos básicos ¿Cuáles son los acuerdos básicos que tenemos que tener para poder, en la diversidad, juntarnos, debatir, discutir y actuar conjuntamente en busca del bien común? Algunas cuestiones que me parecen esenciales son: procurar autenticidad, luchar contra las tendencias al manejo estratégico del discurso o las estratagemas de simulación y disfraz; acordar que tenemos que defender la ciudadanía, que tenemos que defender las personas y las identidades colectivas, que no pueden ser reducidas a recursos –“productivos” hoy, desechables mañana- como hace el capital con los trabajadores; acordar el respeto de la diversidad, alentar incluso la diversidad de formas de realización de lo humano; comprender y acordar que nuestro desarrollo como humanos depende del desarrollo de los otros. Tenemos que acordar, me parece, que estamos por el desarrollo de lo humano diverso y no por el desarrollo del capital o de cualquier otra pretensión civilizatoria uniformizante. También, en lo económico, que no estamos de acuerdo con la definición de escasez por la que la clase dirigente “realista” dice “no hay, vean como reparten esto que queda entre todos”. Porque mientras se dice que hay escasez y en el escenario de la participación estamos discutiendo si hay 1.000 dólares para un proyecto u otro, nos están saqueando por detrás de la escena de a 10.000 millones de dólares. Entonces la escasez es una construcción política, y nosotros no nos podemos tragar el cuento de la escasez, no hay escasez en estas sociedades, lo que hay es una brutal exacción de la riqueza por parte de minorías externas e internas.

Hay otro tema que trataré en una comisión, por lo que voy a ser breve. Creo que también tiene que haber un acuerdo en que algo nos tiene que unir, y es anticipar los principales rasgos de esa otra economía que queremos construir conjuntamente, y darnos cuenta de que “hacemos economía” cuando creemos que nuestra acción es sólo social o política. La economía es algo muy estructurador de las sociedades modernas, tiene que ver con las formas de organización de las actividades humanas dirigidas a lograr una mejor reproducción de la vida. Tiene que ver, claro, con lograr la subsistencia, pero no de cualquier manera. Por ejemplo, otra economía supone superar el sistema clientelar que pone a los más necesitados en ese doble juego (porque yo creo que es un doble juego), de aceptar el favor sabiendo que están siendo usados, pero a la vez sintiendo burlonamente que están “usando” al sistema clientelar para poder acceder los recursos públicos. Para poder salir de esa trampa, de ese doble juego, tenemos que desarrollar una economía solidaria, una economía de base, autónoma del capital, una economía cuyo sentido sea la mejoría en la calidad de vida de todos, no solamente de los miembros de las cooperativas, no solamente de una clase, de una etnia, de una región, de un sector, sino de todos los ciudadanos. Debemos coincidir en que otra economía es posible, y unirnos al movimiento global que se está desarrollando generando programas de acción en esa dirección.

¿Cómo caracterizar el contenido de esta lucha de los movimientos? Es una lucha contra-hegemónica, es una lucha cultural, pero es también una lucha por recursos, es una lucha por tierra, es una lucha por otra economía, pero el enemigo mismo (y voy a usar la palabra, creo que

de vez en cuando la podemos volver a usar), el mismo enemigo del pueblo definió el carácter principal de esta lucha. Los intelectuales orgánicos del capital, el Grupo de Santa Fe, asesores del padre de Bush, asesores de Reagan, cuando les aconsejaron como tenía que ser su política hacia América Latina, dijeron que el problema en América Latina no era meramente ver como controlaban el petróleo, no era ver como controlaban la Amazonía, no era ver como mantenían un reservorio de mano de obra barata, sino que el problema que les planteaba América Latina era que somos gramscianos, y que somos estatistas. Esas dos palabras están ahí, el estatismo, que ellos lo igualaban a comunismo, porque la propuesta conservadora iba a ser sí al mercado libre, no al Estado responsable por los derechos humanos, no a la regulación-limitación de las iniciativas y privilegios individuales o de clase. Por eso, y lo planteaban claramente, lo que había que emprender en América Latina era una lucha cultural. Había que cambiarles las conciencias a los latinoamericanos. Más allá de que ahora veamos nuevamente reaparecer los ingredientes directamente militares de la política del imperio que ya experimentamos en los 70 y 80, nuestra principal respuesta es la lucha contra-hegemónica, tenemos que disputar el sentido de cada concepto, el sentido de cada idea, el sentido de cada política que nos viene de allá arriba, y hacerlo enraizados en nuestra historia que es la historia del colonialismo, del constituírnos en periferia pretendiendo que éramos territorio vacío a ser conquistado o descubierto.

Como latinoamericanos nos toca, creo, una gran responsabilidad, en un mundo dominado por los Estados Unidos de Norteamérica como única potencia militar, porque somos para ellos su patio trasero, porque aunque las distancias y el tiempo se han relativizado para el capital global, aún somos considerados estratégicos porque el poder político aún sigue principios territoriales. La tarea no es fácil pues -luego de treinta años de neoliberalismo encarnado no sólo en embajadores que llegan con espejitos o maletines conteniendo las llaves del mercado financiero mundial, sino por nuestras propias clases dirigentes convertidas al pensamiento único- por efecto de esa eficaz lucha hegemónica hemos internalizado muchos valores y nociones propios del sentido común legitimador de este sistema. Y esa eficacia se mantendrá mientras se renueven los mecanismos que infunden sentimientos de miedo, y se mantenga el impacto de una campaña feroz de demolición del Estado de Bienestar y de la misma política. Pero no sólo de esta política sino de toda la política como actividad de las masas populares, pues lo público que no ha sido privatizado ha sido estigmatizado. Tenemos que evitar que el conservadurismo de ese proyecto político, desde el centro, sea asumido en la periferia y que nosotros seamos sectores populares conservadores también, tenemos que tomar riesgos responsablemente, sabiendo que no hay modelo, tenemos que explorar y aprender de nuestras prácticas y de la de otras regiones, de otras sociedades. La lucha es larga y es compleja, e incluye, y por eso es tan compleja, nuestra propia autotransformación, no estamos ya constituidos como sujetos, como identidades, estamos en proceso. Pongo a su consideración, compañeros, esta idea.

En esta lucha, tenemos que representar al conjunto de los ciudadanos, no solamente a los que participan en un evento como éste, tenemos que pensar en el conjunto de la sociedad, tenemos que pensar que otra democracia es posible, que otra economía es posible y que otro mundo es posible. Muchas gracias.

Coordinador

-. Bueno, agradecemos al profesor Coraggio, por tan excelente intervención. La dinámica, vamos a dedicar un tiempo a algunas preguntas, recordemos de todas formar, que a lo largo del día y de mañana en la mañana, vamos a tener las comisiones para desarrollar muchos de los temas, la

mecánica es que entonces, si me vas dando ya algunas de las preguntas mientras se recogen las otras, si quieres vamos leyendo y yo voy tratando de organizar.

José Luis Coraggio

-. Bueno, mientras se organizan las cuestiones que se plantean, acá hay una que dice: ¿qué papel juega la iglesia cristiana en los últimos treinta años del neoliberalismo?.

Sería muy atrevido de mi parte hacer una evaluación única para todos los países, creo que ha habido, y hay ahora, cristianismos y cristianismos, y que también la identidad del ser cristiano está en proceso de transformación, en proceso de redefinición. No me parece que haya un “ser cristiano” con un decálogo libre de interpretaciones diversas, o con un mensaje ya listo, o con una propuesta ya lista. Hay muchas maneras de ser cristiano y es parte de la lucha ver cuales son las formas de ser cristiano que tienen que ver con lo popular. El cristianismo ha jugado papeles muy diversos. Hay que separar, por supuesto, a la jerarquía de la iglesia -que a veces ha jugado el papel nefasto de acompañar y bendecir las desapariciones de los compañeros luchadores de nuestros países- del cristianismo de base, del cristianismo que ha trabajado zona por zona, barrio por barrio, que ha tratado de devolver la autonomía. Creo que hay que discutir la idea cristiana de que hay que concentrarse en las más pobres, porque están contribuyendo a establecer una categoría que no ayuda mucho para lucha política. Si todas las otras diversidades son fundamentales, el nivel de ingreso no puede ser la variable fundamental, la pobreza, además definida por los tecnócratas que dicen quien es pobre y quien no es pobre, no puede ser la variable fundamental, hay una discusión para dar en el seno del cristianismo con respecto a esto, me parece también.

Moderador

-. ¿Cómo superar el dinero si hay otros valores posibles en la economía solidaria?

José Luis Coraggio

-. La pregunta que se plantea es, si hay una economía solidaria posible, en que medida esa economía tendría que superar el dinero, tendría que superar esta ansia de tener dinero, que ha construido este sistema económico, este sistema cultural en el que estamos. Tuvimos una discusión en Medellín con los compañeros, que la seguiremos por la tarde, y puedo adelantar ahora; tenemos que tener cuidado, no es posible organizar una economía compleja, incluso internacional solidaria, sin moneda, solamente con el intercambio de los trabajos, no hay manera de organizar eso, es más, no es posible organizar una economía que pueda disputarle el poder económico al capital que no tenga mercado. El problema no es el mercado, es el mercado capitalista. Se pueden organizar mercados solidarios, como ustedes conocerán muchas experiencias. Tampoco se puede organizar una economía solidaria sin el Estado, solo desde la base, solo de los emprendimientos sociales, solo desde las cooperativas. No es así, necesitamos el Estado como elemento de redistribución, como instrumento de producción de bienes públicos, y lo conecto con otra pregunta que se hizo sobre el papel de la educación.

La educación es un bien público fundamental para el planteo de otra sociedad. Como todos ustedes saben, a veces estamos haciendo cursitos de capacitación y la gente ha pasado por quince años de educación donde no ha aprendido lo que tiene que aprender, no aprendió a ser ciudadano, no aprendió a emprender, no aprendió a ser crítico, no aprendió a organizar. Tenemos que

cambiar el sistema educativo, no podemos aceptar las metas del sistema de que el problema es la accesibilidad a la educación, y pelear por alguna escuela. Sí hay que pelear por una escuela, pero por otra escuela, necesitamos claro el edificio, con maestros, y con otros maestros o con estos maestros convocados para otro proyecto, para otro proyecto educativo, con otra relación con la comunidad, con otra pedagogía, y tenemos que aprender de los movimientos pedagógicos que mucho no enseñan al respecto.

Entonces necesitamos moneda pero controlada por nosotros, no como ahora que Estados Unidos emite incontroladamente dólares que es dinero mundial, y nadie lo controla, el fondo monetario internacional no lo controla, y es la economía más endeudada del mundo, y está en riesgo, puede generar una grave coyuntura mundial la crisis de los Estados Unidos, y nadie lo controla, entonces si vamos a tener dinero será un dinero controlado por las bases.

Moderador

-. ¿Sí se fetichisa el concepto de ciudadanía?

José Luis Coraggio

-. ¿Por qué le doy tanta importancia al concepto de ciudadanía?, bueno, creo que estamos hablando del sistema de derechos, estamos hablando de que el ciudadano, tiene derechos y tiene responsabilidades y el Estado tiene que ser el garante donde se deposita la responsabilidad de garantizar los derechos. Pero los ciudadanos tienen que saber que tienen esos derechos, tienen que saber que es legítimo reclamar lo que reclaman, y si en este momento la ley, la normativa dice que no es legal lo que hacen legítimamente por ampliar el espacio de su vida en sociedad, tiene que cambiar la normativa. Porque que hacen puede tener racionalidad desde la reproducción de la vida aunque no la tenga desde la perspectiva de la ganancia del capital. Más de la mitad de nuestras economías están en la ilegalidad, y no estoy hablando aquí del narcotráfico, estoy hablando del sector informal, estoy hablando de los pequeños emprendimientos. Si la mitad de los sectores populares tienen que sobrevivir fuera de la legalidad, lo que hay que cambiar es la ley, no es posible pensar que se los va a legalizar a través de programas de ayuda o programas de capacitación, la ley es la que está mal, porque fue pensada para empresas capitalistas y no para la economía popular.

Pregunta ¿desde su óptica, cuál cree debe ser la respuesta al componente militar que traen las políticas neoliberales y que parten del concepto simplista de terrorismo?

Bueno, la respuesta tiene que ser una sociedad organizada de a poco, una sociedad movilizada, una sociedad activa, una sociedad que puede dar respuesta, una sociedad que se puede hacer cargo de su propia seguridad y no tener que delegarla en un cuerpo policial o militar, una sociedad que se pueda hacer cargo de su propia economía, me parece que eso es fundamental: una sociedad que impide que el uso de los recursos públicos vaya a la guerra Pero en esto necesitamos aliados, porque hay una industria de la guerra internacional necesitamos aliados internacionales, tiene que haber un movimiento por la paz que no puede ser solo Colombiano o solo Argentino, tiene que ser de todos los latinoamericanos contra el Plan Colombia, pero además todos los ciudadanos del mundo tienen que estar en contra de la guerra, hay manifestaciones y sabemos que no estamos solos en esto, pero hay mucha acumulación de poder, y es difícil este objetivo.

Siguiente pregunta: Sobre la relación entre las condiciones materiales de existencia y la construcción sociedad alternativa, ¿es directa, solo posible a través de lo político?.

Las condiciones materiales de existencia marcan mucho el grado de autonomía, el grado de libertad que tenemos para pensar otro mundo. Es necesario, es una tarea imprescindiblemente urgente resolver la subsistencia de todos los ciudadanos. No podemos decir “hay que esperar”, eso no es cierto, tiene que haber un proceso de redistribución rápido, inmediato, y redistribución no sólo de ingresos sino de recursos, no es solo que a uno le den dinero para que compre las cosas y pueda consumir, es que pueda producir, es que pueda organizar su propio trabajo, o que tenga acceso a la tierra, que tenga acceso al crédito, que tenga acceso al conocimiento. La política juega un papel fundamental en esto, porque para lograr esto hace falta poder, y el Estado tiene una gran concentración de poder y hoy está decidiendo que pagamos la deuda externa, hoy está decidiendo que sigamos siendo saqueados.

Calle 20 No. 7-17 Of. 402. Telefax: 3 34 29 21 – 3 34 28 41 – 243 10 23 Web:  
[www.planetapaz.org](http://www.planetapaz.org)